



Intervención de Mariano Rajoy

XXXVI Aniversario de la Constitución de 1978

***CONSTITUCIÓN:
ESTABILIDAD Y CONCORDIA***

La Granja de San Ildefonso, 13 de diciembre de 2014



OFICINA DE INFORMACIÓN

Queridas amigas y amigos.

En este último trimestre, aparte de otras cosas, he tenido que viajar mucho. Hace apenas unos días estuve en la Cumbre Iberoamericana de Veracruz en México y poco antes en la Cumbre del G20 en la ciudad australiana de Brisbane.

He tenido ocasión de hablar y de oír hablar de nuestro país. Me han preguntado mucho por España. Es lo normal, soy el presidente del Gobierno. Pero cómo han cambiado de unos años a esta parte las preguntas. Porque si hace unos años las preguntas eran ¿cuándo piden ustedes el rescate? o ¿cómo han llegado a un nivel tan alto de déficit público?, hoy las preguntas son muy distintas. Ahora lo que nos preguntan a los españoles por el mundo es ¿cómo lo han hecho?, ¿cómo es posible que en poco más de dos años España haya pasado de ser el farolillo rojo de Europa a encabezar el crecimiento económico en el continente?, ¿cómo es posible que de ser el país que más empleo destruía en toda Europa se haya convertido en el que más empleo está creando?

No podemos responder a estas preguntas sin pensar al mismo tiempo en lo mucho que tenemos por delante y en tanto como nos queda por hacer. Y sé que estas mismas cuestiones ni siquiera podrían plantearse si España no tuviera su mejor valor: la actitud, la generosidad y el compromiso de los españoles.

Cuando tenemos que comparar la España de 2001 con la España de 2014, cuando tenemos que explicar el porqué del cambio, es necesario referirnos a la palabra clave de esta legislatura: reformas. Una agenda completa y ambiciosa de reformas en todos los frentes, que no siempre fueron fáciles de implantar y que no siempre han sido inmediatas en sus resultados, pero como ya se puede ver, sí están dando fruto cierto.

Estas reformas que todos conocéis bien, desde la reforma de las administraciones públicas, a la reforma laboral, pasando por la reforma financiera, la reforma energética, la reforma de la educación, la reforma de la unidad de mercado, la de estabilidad presupuestaria y tantas otras, todas tenían un sentido único, mejorar España, y hacerlo de un modo singular, dando respuesta a nuestras carencias y al mismo tiempo manteniendo lo mejor que teníamos.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Hoy que nos reunimos en La Granja para rendir un homenaje tan sentido como debido a nuestra Constitución, es un buen momento precisamente para pensar en lo mejor que tenemos y ponerlo en valor. Y sin duda alguna, de lo mejor que tenemos los españoles, de lo mejor que hemos hecho ahora y en toda nuestra larga historia compartida es la Constitución española de 1978.

No hace falta irse muy lejos para comprobarlo. La crisis ha puesto a prueba nuestro país y nuestro país ha respondido con sufrimiento, cierto, pero también con entereza. Y lo ha hecho porque tenía la fuerza de una gran sociedad y la cimentación de unas instituciones sólidas y estables. Por eso España no sólo ha sido capaz de aguantar la embestida, también ha sido capaz de renovarse y de mudar su piel porque para vivir el mayor proceso de reformas que hemos vivido nunca, tanto en España como en Europa, no hemos necesitado modificar, reducir o ampliar nuestra Constitución. Cómo no será de buena la Constitución española cuando han cabido dentro de ella tantas nuevas ideas, tantas reformas y tantos nuevos caminos para nuestro país sin necesidad retocarla.

La Constitución nació con una esperanza: forjar, entre todos, una España mejor. Y ese deseo, tan simple, y a la vez tan poderoso, creo que somos capaces de compartirlo millones de españoles hoy. Todos los que estamos luchando día a día con la esperanza de dejar un mejor país a nuestros hijos y nietos, y todos los que echamos la vista atrás y vemos cuánto ha mejorado, a pesar de la crisis, nuestro país en este tiempo. Porque cuando hablamos de la España de hoy siempre es fácil ver sus defectos, su puntos críticos, las áreas en las que necesita mejorar. Es normal y es positivo porque es una muestra del sano espíritu de autocrítica sin el cual no hay progreso posible.

Pero del mismo modo que es insensato y es contraproducente decir que toda va bien y cruzarse de brazos, también es negativa esa otra autocrítica que nos paraliza, el negativismo a ultranza, el juicio sin matices por el que todo lo nuestro, por algún motivo que nadie explica, nos parece peor. Y a veces los españoles nos detenemos demasiado, algunos incluso lo hacen con entusiasmo, en quitarnos méritos, en considerar nuestros defectos y todo lo que nos queda por hacer, y ese pensamiento nos desmotiva, nos paraliza y nos impide ponernos manos a la obra.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Por eso, al mismo tiempo que luchamos por mejorar todo lo que hay que mejorar, también tenemos que pensar en las cosas que hemos hecho bien y en las cosas que hemos hecho muy bien, y no para caer en la autocomplacencia estéril, no, hay que pensar en lo que hemos hecho bien para tener claro que somos capaces de hacerlo, porque si queremos mejorar el presente, necesitamos cargarnos de ilusión, esperanza, motivación y autoestima de cara al futuro.

Os voy a decir una cosa que sabe todo el mundo: España es un gran país. Y esto parece una obviedad, pero esto que todo el mundo ve con gran normalidad fuera de nuestras fronteras también tenemos que asumirlo y vivirlo con naturalidad nosotros, para ser justos con nosotros mismos. Y os diré más. Es normal que nos vean como un gran país porque los somos. No somos perfectos pero hemos demostrado al mundo, y también a nosotros mismos, como España cuando se pone manos a la obra es capaz de escalar puestos en todos los rankings e ir mejorando de año en año. Y esa historia de éxito está cifrada en el éxito de nuestra democracia y de nuestra Constitución. Porque, ¿qué nos dice de nosotros mismos que España haya sido en estos últimos cincuenta años uno de los cuatro países que más ha crecido en todo el mundo?, ¿y qué mensaje manda esto a los demás? Pues el de un gran país y no el de un país que se da por vencido.

Harina de otro costal es lo que hacen algunos, desgañitarse para reprimir la autoestima de los españoles. Son esos que dicen que toda va mal, son esos que ignoraron la crisis y son los que ignoran ahora la recuperación. No tienen remedio.

En cualquier caso, no hace falta remontarse tan atrás. Hace sólo unos días celebrábamos la fiesta de la Constitución española. Y digo bien, celebrábamos, porque cómo no vamos a celebrar una Constitución y una transición que han sido un ejemplo para Estados de todo el mundo y un caso de estudio en universidades. Que nadie piense que la Constitución fue algo que ocurrió hace 36 años porque la Constitución es la realidad que vivimos cada día. Que nadie piense que es un lejano ayer, no, la Constitución sigue tan viva como siempre, es la garantía de nuestras libertades y de nuestros derechos como españoles de hoy. Y en la Constitución no sólo están las raíces de nuestro pasado, en la Constitución también están los cimientos de nuestro futuro.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Por eso tiene todo el sentido del mundo celebrar la Constitución y reflexionar sobre ella. Porque, ¿a alguien se le ocurre otra cosa que los españoles hayamos hecho mejor en estas décadas? Más aún, ¿no tiene su importancia que lo mejor que hemos hecho ha sido posible porque lo hemos hecho juntos?, ¿no será que esta Constitución es tan buena porque es de todos y no de algunos?

Queríamos una Constitución para reconciliarnos y logramos un régimen donde convivir y prosperar. Hicimos una Constitución a la altura de los tiempos y hemos consolidado una democracia a la altura de los mejores, aunque algunos pretendan decir lo contrario. Buscábamos en el año 1978 un camino de progreso y desarrollo, pero jamás pensamos que fuéramos a progresar y a desarrollar nuestro país con tanta rapidez y tanta efectividad. Los españoles queríamos una Carta magna que garantizara nuestra diversidad y hoy hemos convertido esa diversidad en un activo, queríamos derechos y libertades y hoy no sólo los tenemos, sino que los tenemos garantizados.

Y deseábamos ser de nuevo un país abierto, un país respetado y respetable, y hoy estamos en Europa, estamos en el G20 y estaremos a partir del 1 de enero en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Y nada de esto nos tocó a los españoles en una lotería. Nada vino sin esfuerzo y sin generosidad. Todo podía haber salido de otra manera pero salió bien porque fuimos responsables, supimos pactar, supimos ceder y supimos tener la grandeza de espíritu para ganar todos sin que nadie se sintiera derrotado. Y por eso hay que tener siempre presente la Constitución, para que los valores que la guían nos sigan inspirando cada día, porque a todas y cada una de las pegadas que se le pueden hacer a la Constitución, cada español puede responder señalando mil y una ventajas.

La Constitución supuso y, lo más importante, supone para todos los españoles democracia, libertad, derechos individuales, un país abierto, formar parte de Europa, estar en el mundo y, además, la Constitución trajo la mayor etapa de mayor progreso económico y social de la historia de España. Y eso hay que ponerlo en valor. Y eso hay que explicárselo a los *adanes* que pululan hoy por nuestro país, que se creen que todo empieza con ellos. No, este país tiene una larga historia detrás.

España ha tenido en la Constitución su mejor palanca para el crecimiento. El PIB de España en 1978 era de 159.000 millones de euros. En el 2014 va a



OFICINA DE INFORMACIÓN

superar el billón. Nuestra democracia ha sido el periodo más próspero de la historia. En 1980, la Renta Per Cápita de los españoles era 4.227 euros, hoy es de 22.300 euros.

Muchos nos hemos acordado –y hoy se ha dicho aquí–, de nuestro déficit de infraestructuras. ¿Quién no se acuerda de cuando pensábamos, con admiración, en las autopistas de otros países? Pues bien, adiós a ese déficit histórico. Hemos pasado de 1.000 a más de 16.500 kilómetros construidos de vías de alta capacidad y somos el segundo país del mundo en Alta Velocidad ferroviaria. El segundo, algo que algunos deberían saber.

Cuarenta millones de turistas vinieron a España en 1978. Nuevo récord, cuarenta millones. Sesenta y dos millones de turistas vienen a España en 2014 y seguro que no vienen obligados, vienen porque este es, lisa y llanamente, un gran país, y hay que decirlo.

Nuestras exportaciones representaban el 10% del PIB en 1978. El año pasado, el 34%. Pero no sólo somos más ricos y no sólo somos un país más abierto, es que somos también un país mucho más solidario y más justo, un país con más oportunidades y más futuro.

El gasto público representaba en 1978 el 28% del PIB. Hoy el 44%. El gasto social ha pasado del 15,4% al 26%, cinco puntos por encima de la media de la OCDE. España tiene una Seguridad Social como nadie. Hemos multiplicado por diez el gasto social per cápita, hemos casi duplicado el gasto en sanidad pública, hemos incrementado la esperanza de vida en ocho años y somos el primer país en la UE –cuando antes éramos el quinto en esta estadística, que tampoco está mal–, hemos multiplicado por más de ocho la cuantía media de las pensiones contributivas, hemos duplicado el gasto público en educación y, en poco más de cuarenta años, estamos entre las diez grandes potencias científicas del mundo, cuando antes no estábamos ni entre los treinta primeros.

Hay una cosa que he tenido la oportunidad de ver y que ya he dicho en alguna ocasión, pero que voy a repetir ahora. Hemos vivido ahora, en un asunto tan difícil, tan complejo, tan duro, tan complicado y que puede afectar a lo más importante que tienen las personas, como ha sido lo del Ébola, cómo ha funcionado la sanidad pública española. Al mismo tiempo, hemos visto cómo en otros lugares, con el mayor PIB del mundo, alguien entraba en un hospital pagando 500.000 dólares.



OFICINA DE INFORMACIÓN

He tenido la oportunidad de estar, hace no muchas fechas, en una de las grandes potencias mundiales. Sus cifras macroeconómicas eran magníficas, el problema era que el gasto destinado a pensiones públicas era exactamente cero, mientras España dedica 130.000 millones de euros al año.

Digo esto y podría decir más, porque conviene saber lo que tenemos, conviene saber lo que somos y conviene saber de dónde venimos porque hay algunos que no se han enterado porque, o nunca lo supieron, o no quieren hacerlo. Y, sobre todo, porque hay que saber lo que tenemos para preservarlo y para mejorarlo.

Amigas y amigos.

No voy a entrar en más detalles. Hoy sólo quiero reivindicar nuestro texto constitucional como lo hacen todos, en todos los países que tienen democracias consolidadas en el mundo. Y lo hacen con orgullo, y nosotros también, porque la Constitución nos trajo libertades, derechos, dignidad y un caudal de progreso tan extraordinario y de reformas tan profundas como nunca habíamos visto en nuestro país. Nadie reconoce hoy la España de 1978.

Y llegados a este punto, me gustaría decir alguna cosa más. Nuestra Constitución se ha reformado ya dos veces y se reformará, sin duda, las veces que lo exija el interés general de los españoles, el interés real de los españoles o el desarrollo del proyecto común europeo.

La Constitución no es intocable, no lo es, pero no es un juguete. No admite ni bromas, ni frivolidades. Nosotros no somos dogmáticos ni fundamentalistas de esta Constitución concreta, de hecho, hemos sido colaboradores necesarios de las dos reformas que ha tenido y apoyaremos cualquier reforma futura, si ello fuera necesario.

Dicho esto, me gustaría añadir alguna cosa más. Para el Partido Popular no son negociables la soberanía nacional, la unidad de España, los derechos fundamentales de los españoles, la libertad y la igualdad de todos. No es negociable.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Segundo. Sorprende mucho que se propongan reformas de la Constitución sin definir las, nuevos consensos sin concretarlos, nuevas formas de convivencia que tienen poco o nada que ver con las necesidades reales de cada español individual y menos aún con el gran proyecto supranacional en el que nos hemos comprometido.

Amigas y amigos.

No son estos momentos para ocurrencias, frivolidades o eslóganes que sólo muestran la desorientación de quien las hace. Hoy España lo que necesita es más reformas económicas y sociales para mejorar la vida de la gente y superar definitivamente la crisis. Y las habrá, más reformas como las que hemos presentado para luchar –como aquí se ha dicho–, contra la corrupción y, sobre todo, España necesita estar atenta a lo que está pasando en Europa.

Ahí, en Europa, está la gran reforma del tiempo en que vivimos. Ahí es donde hay que concentrar los esfuerzos, porque ahí es donde se decide mucho de lo que nos importa, de lo que nos afecta y, cada vez más. De esto quiero hablar en la última parte de mi intervención.

Amigas y amigos.

La Constitución nos trajo democracia. Tuvimos libertad. Establecimos los derechos pero queríamos más. Aspirábamos al reconocimiento internacional, a romper definitivamente con aquel pasado de aislamiento, a dejar de ser diferentes, a integrarnos en el mundo libre, a ser uno más en la Unión Europea, a incorporarnos al nuevo edificio político que nuestros vecinos estaban levantando y que nosotros interpretábamos, con razón, como el marco de la democracia, del bienestar y del desarrollo.

La Constitución hizo posible eso. No nos acordamos a veces. Algunos ni lo saben, pero eso fue nuestro pasaporte para Europa. Por eso no aprobamos cualquier Constitución, aprobamos una homologable, a la altura de los tiempos. Nos trajo la ley, el derecho, la libertad, la democracia y Europa. Nos dio marchamo de país libre, nos hizo iguales y nos abrió la puerta. Por eso, para nosotros, Constitución y Europa son dos conceptos que no se pueden divorciar.



OFICINA DE INFORMACIÓN

Pues bien, si el proyecto más importante que han adoptado los españoles en las últimas décadas, en el que depositan sus mejores esperanzas se llama Europa, parece razonables que seamos coherentes con este compromiso al que hemos vinculado nuestro bienestar y nuestro futuro porque no hablamos de cualquier cosa sino de lo que ha determinado los cambios más radicales que ha experimentado España desde la moneda, hasta las cesiones de soberanía, pasando por el propio concepto de nacionalidad. Hablamos de cambios mentales que nos permiten imaginar horizontes más amplios, empresas más ambiciosas, con criterios más abiertos, con un modelo de ciudadanía inédito y con nuevos cauces para la protección de los derechos.

Amigas y amigos, lo digo como lo siento.

Ya no es –y, sobre todo, cada día lo será menos–, tiempo de mirarse en el ombligo de lo autóctono, ni de poner el énfasis en las diferencias, ni de fomentar los aislamientos. ¿Qué sentido tiene que uno se pregunte aún si se siente más gallego que español o más español que aragonés cuando la pregunta que se hace cualquiera que habite en el S.XXI es si soy ya o todavía no tan europeo como español?

Porque ese es nuestro afán, llegar a ser tan europeos como españoles y no en el sentimiento, sino en todos los órdenes de esa vida común que nos hemos empeñado en levantar. De eso me gustaría oír hablar y no de cómo limitamos nuestra propia capacidad o nos distraemos en ensoñaciones, sino de cómo integraremos los 47 millones de personas que habitamos la piel de toro en el conjunto de 500 millones de europeos. De esta me gustaría hablar, y no de encajes y de acomodos que piden algunos en España.

¿Acaso hemos ido los españoles a Europa reclamando encajes, acomodos o privilegios? No, porque sería un desatino y porque lo que tendemos no es a articular España con Europa sino a convertir España en una parte de Europa. No queremos engancharnos a un tren que nos arrastre sin necesidad de que intervengamos. No pretendemos sentarnos en la orilla para vigilar nuestros intereses sin corresponsabilizarnos. No estamos trabajando para adherir un fragmento más a una colcha de retales más urdidos, sino de incorporar a una tela nueva los viejos hilos de nuestra historia.

Queremos crear con todos nuestros socios un común denominador nuevo para los españoles, una nueva seña de igualdad como europeos. No una



OFICINA DE INFORMACIÓN

simple etiqueta administrativa, una matrícula, sino un sujeto político de derechos europeos. Un nuevo marco de garantías, de oportunidades y también de solidaridad. Una nueva ciudadanía que aflora ya pero que todavía no ejercemos lo suficiente.

Y dentro de casa ocurre lo mismo. Lo que los españoles necesitan no son propuestas para articular regiones españolas que llevan siglos articuladas, sino para integrarlas en ese gran proyecto en el que hemos comprometido nuestro futuro, nuestro papel en el mundo y el bienestar de nuestros sucesores.

Yo no rechazo las diferencias ni las variedades. En ninguna parte se cultivan más y con mayor libertad que en España. La Constitución las tuvo en cuenta. Contamos con una descentralización política muy superior a la de cualquier estado federal en el mundo. Yo no rechazo las diferencias, lo que rechazo es que se pretenda convertirlas en el sustrato de la acción política común.

Si de cada diferencia que existe en Europa hiciéramos una bandera, estaríamos renunciando a una verdadera convivencia y en todos los países civilizados, en todos, por encima de las diferencias que disgregan están la igualdad y la soberanía que cohesionan. Sobre la igualdad de los que son soberanos se puede levantar aquí, en Europa y en cualquier parte, un edificio constitucional. Sobre la exaltación de las diferencias jamás se levanta nada útil al conjunto.

Termino ya. Celebremos ya, una vez más, poder contar después de 36 años con la Constitución de 1978. Es joven y es fecunda. Nada ha producido tantas transformaciones en España en toda su historia. Es la ley que nos hizo ciudadanos e iguales, la garantía de nuestros derechos, la voz que proclama nuestras libertades, nuestra credencial europea, el aval de nuestra estabilidad y nuestro crédito en el mundo, el cimiento sólido que sostiene nuestra convivencia y nos permite hacer planes para el mañana de nuestros hijos. Todo eso y más es lo que celebramos hoy.

Enhorabuena a todos.

Gracias.